



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ 2495

A 58

V. 2

Es propiedad del Editor.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

MADRID.—Imp. de J. Cruzado, Divino Pastor, 9.

EL DINERO

VII

Dos meses después, una tarde gris y templada de Noviembre, subió Carolina á la sala de los planos, acabado el almuerzo, para ponerse á trabajar. Su hermano, á la sazón en Constantino-
pla, donde se ocupaba en el gran negocio de los ferrocarriles de Oriente, le había encargado que revisara todas las notas tomadas por él en otro tiempo, en su primer viaje, y que redactase una especie de Memoria, que sería como un resumen histórico de la cuestión; y hacía ya dos semanas largas que ella trataba de engolfarse por completo en este trabajo. Aquel día era tanto el calor, que dejó apagarse el fuego y abrió la ventana, desde donde miró un momento, antes de sentarse, los grandes árboles desnudos del hotel Beauvilliers, violáceos sobre el pálido cielo.

Haría una media hora que escribía, cuando la necesidad de un documento la distrajo en un

largo rebusco entre los legajos amontonados sobre su mesa. Levantóse, fué á revolver otros paquetes, y volvió á sentarse con las manos llenas; y al hojear unos papeles sueltos, encontró estampas devotas, una vista iluminada del Santo Sepulcro y una oración, orlada con instrumentos de la Pasión, para asegurar la bienaventuranza en los momentos de desfallecimiento en que el alma está en peligro. Recordó entonces que su hermano había comprado aquellas estampas en Jerusalem, como hombre piadoso, y apoderóse de ella una repentina emoción, y las lágrimas corrieron por sus mejillas. ¡Ah, aquel hermano tan inteligente, por tanto tiempo desconocido, cuán feliz era con creer, con no sonreirse ante aquel Santo Sepulcro parecido á una caja de bombones, con sacar una serena fuerza de su fe en la eficacia de aquella oración rimada en versos de confitero! Veíalo excesivamente confiado, demasiado fácil para dejarse engañar acaso, pero tan recto, tan tranquilo, sin rebelarse, sin luchar siquiera. Y ella, que llevaba dos meses luchando y sufriendo, ella que no creía, devorada por las lecturas, devastada por los razonamientos, ¡con cuánto ardor deseaba en las horas de debilidad ser sencilla é ingenua como él, hasta el punto de adormecer su corazón herido, repitiendo tres veces, por la mañana y por la noche, la oración infantil que orlaban los clavos y la lanza, la corona y la esponja de la Pasión!

Al día siguiente de la brutal casualidad que le

había hecho saber las relaciones de Saccard y de la baronesa Sandorff, habíase revestido de toda su energía para resistir á la necesidad de vigilarlos y de saberlo todo. No era la mujer de aquel hombre, y no quería ser su querida apasionada, celosa hasta el escándalo; y su desdicha era que seguía entregándose á él en su intimidad de todos los instantes. Esto provenía de la manera apacible, simplemente afectuosa, como tenía considerada desde el principio su aventura: una amistad que había llegado fatalmente á la entrega de la persona, como sucede entre hombre y mujer. No contaba ya veinte años, y se había hecho muy tolerante después de la dura experiencia de su matrimonio. Á los treinta y seis años, siendo tan formal, creyéndose sin ilusiones, ¿no podía cerrar los ojos, obrar más como madre que como amante respecto de aquel amigo, al cual se había resignado en un momento de ausencia moral, y que, también él, había pasado singularmente de la edad de los héroes? A veces decía que se concedía demasiada importancia á esas relaciones entre los dos sexos, simples encuentros con frecuencia, que luego trastornaban toda la vida. Por lo demás, era la primera en reirse de la inmoralidad de su observación, porque entonces ¿no serían permitidas todas las faltas? ¿no serían todas las mujeres de todos los hombres? Y, sin embargo, ¡cuántas mujeres son razonables aceptando el reparto con una rival! ¡cuántas á quien la práctica corriente hace to-

lerantes en punto á la celosa idea de la posesión única y total! Pero estas no eran más que maneras teóricas de hacer la vida soportable, y le costaba trabajo forzarse á la abnegación, continuar siendo la vigilante mayordoma, la sirvienta de inteligencia superior, que consiente en entregar su cuerpo cuando ha dado su corazón y su cerebro: la sublevaba una protesta de su carne de su pasión, y sufría horriblemente de no saberlo todo, de no romper violentamente, después de haber arrojado al rostro de Saccard el horrible mal que él le hacía. Sin embargo, habíase dominado, hasta el punto de callar, de seguir tranquila y sonriente; y jamás, en su existencia tan ruda hasta entonces, había necesitado más fuerza.

Todavía miró un instante las estampas devotas, con su sonrisa dolorosa de incrédula, llena de ternura. Pero no las veía; reconstruía lo que Saccard habría podido hacer la víspera, lo que haría aquel mismo día, por un trabajo involuntario é incesante de su espíritu, que se inclinaba instintivamente á aquel espionaje desde que no lo ocupaba. Saccard, por lo demás, parecía seguir su vida acostumbrada: por la mañana, el tráfico de su dirección; por la tarde, la Bolsa; por la noche, las invitaciones á comer, las primeras representaciones, una vida de placeres, las mujeres de teatro de las que ella no estaba celosa. Y, sin embargo, notaba un nuevo interés en él, una cosa que le robaba horas ocupadas antes de otro

modo, sin duda aquella mujer, citas en cualquier lugar que ella se prohibía conocer. Esto la volvía suspicaz y desconfiada, y se ponía, á pesar suyo, á «hacer el gendarme», como decía su hermano riendo, hasta á propósito de los asuntos del Universal que había dejado de vigilar, tan grande se había hecho en un momento su confianza. Chocábanle y le daban pena ciertas irregularidades. Pero se sorprendía de burlarse de ello en el fondo, de no encontrar la fuerza de hablar ni de obrar; de tal modo ocupaba su corazón una sola angustia: aquella traición que habría querido aceptar y que la ahogaba. Y avergonzada, al sentir que de nuevo le acudían las lágrimas, ocultó las estampas, con el sentimiento mortal de no poder ir á arrodillarse y buscar consuelo en una iglesia, llorando, durante horas, todas las lágrimas de su cuerpo.

Hacia diez minutos que Carolina, calmada, redactaba otra vez su Memoria, cuando el ayuda de cámara llegó á decirle que Carlos, un cochero despedido la víspera, quería absolutamente hablar á la señora. Había sido Saccard quien, después de contratarlo él mismo, lo sorprendió robando en la avena. Vacilaba, pero consintió al fin en recibirlo.

Alto, buen mozo, muy afeitado, meciendo su cuerpo con el aire seguro y fátuo de los hombres pagados por mujeres, Carlos se presentó insolentemente.

—Señora, vengo por las dos camisas que me

ha perdido la lavandera y que no quiere pagarme. (Sin duda, la señora comprende que yo no puedo pasar por tal pérdida.... Y como la señora es responsable, quiero que la señora me abone mis camisas.... Sí, quiero quince francos.

En estas cuestiones de la casa, Carolina era muy severa. Acaso habría dado los quince francos por evitar toda discusión; pero le irritó la desvergüenza de aquel hombre, cogido la víspera *in fraganti*.

—No os debo nada, y no os daré ni un céntimo.... Por lo demás, el señor me ha puesto en guardia, y me ha prohibido absolutamente hacer nada por vosotros.

Entonces, Carlos avanzó amenazador.

—¡Ah! El señor ha dicho eso, y ha hecho mal, porque vamos á reir.... No soy tan tonto que no haya notado que la señora era la querida....

Enrojeciendo, levantóse Carolina, como para echarlo. Pero, sin darle tiempo, él continuó en voz más alta:

—Y acaso le gustará á la señora saber adonde va el señor, de cuatro á seis, dos ó tres veces por semana, cuando está seguro de encontrar á la persona sola....

Carolina se había puesto bruscamente muy pálida, toda su sangre se le agolpaba al corazón. Con un gesto violento, intentó volverle á la garganta aquellos informes que ella evitaba saber hacia dos meses.

—Os prohibo....

—Pero él gritaba más fuerte que ella.

—Es la señora baronesa Sandorff.... El señor Delcambre la entretiene, y ha alquilado, para mayor comodidad, un pisito bajo en la calle Caumartin, casi en la esquina de la calle de San Nicolás, donde hay una frutería.... Y el señor va allí á ocupar el sitio todavía caliente....

Carolina hubiese alargado el brazo á la campanilla para que echasen aquel hombre á la calle, pero él habría continuado seguramente delante de los criados.

—¡Oh, cuando digo caliente!.... Tengo allí una amiga, Clarisa, la doncella, que los ha visto juntos, y que ha visto á su querida, un verdadero pedazo de hielo, hacerle una porción de porquerías....

—¡Callaos, desdichado!.... ¡Tomad, tomad vuestros quince francos!

Y, con un gesto de invencible repugnancia, le entregó el dinero, comprendiendo que ésta era la única manera de despedirlo. Inmediatamente, en efecto, recobró Carlos sus buenos modos.

—Yo no quiero más que el bien de la señora.... La casa donde hay una frutería. La escalera al fondo del patio.... Hoy es jueves, son las cuatro, y si la señora quiere sorprenderlos....

Ella lo empujaba hacia la puerta sin despegar los labios, lívida.

—Tanto más, cuanto que hoy asistiría la se-

ñora á algo gracioso. «Pues no, que Clarisa se iba á quedar allí! Y cuando se ha tenido buenos amos, se les deja un pequeño recuerdo, ¿verdad?» Buenas tardes, señora.

Al fin se fué. Carolina permaneció algunos segundos inmóvil, tratando de comprender qué escena era la que amenazaba á Saccard. Luego, sin fuerzas, con un prolongado gemido, fué á caer sobre su mesa de trabajo; y las lágrimas que hacía tanto tiempo la ahogaban, brotaron al fin.

Aquella Clarisa, una moziela rubia, acababa sencillamente de hacer traición á su ama, ofreciendo á Delcambre el sorprenderla con otro hombre en la habitación misma que él pagaba. Había exigido al principio quinientos francos; pero, como él era muy avaro, tuvo que contentarse, después de mucho regateo, con doscientos, pagaderos en el momento en que ella le abriera la puerta de su alcoba, una pequeña pieza detrás del tocador. La baronesa la había tomado por cierta delicadeza, para no confiar el cuidado del cuarto á la portera. Casi siempre vivía ociosa, no teniendo nada que hacer entre las citas, en el fondo de aquella habitación vacía, de donde desaparecía, por lo demás, así que llegaban Saccard ó Delcambre. En aquella casa conoció á Carlos, que durante mucho tiempo había ido por las noches á ocupar con ella el gran lecho de los años, revuelto aún por el libertinaje del día; y hasta había sido ella quien lo reco-

mendó. Saccard como un buen sujeto muy honrado. Desde que lo despidieron, compartía con él su rencor; tanto más, cuanto que su ama le hacía «porquerías» y que contaba con una colocación donde ganaría cinco francos más al mes. Al pronto, Carlos quiso escribir al barón Sandorff; pero ella había encontrado más gracioso y más lucrativo organizar una sorpresa con Delcambre. Y aquel jueves, teniendo todo preparado para el gran golpe, esperaba.

A las cuatro, cuando llegó Saccard, la baronesa estaba ya tendida sobre la *chaise-longue*, delante del fuego. Tenía la costumbre de ser muy exacta, como mujer de negocios que conoce el valor del tiempo. Las primeras veces había tenido él la desilusión de no encontrar la amante ardiente que esperaba en aquella mujer tan morena, ojerosa, de provocativo aspecto de bacante en delirio. Parecía de mármol, fatigada de su inútil esfuerzo en busca de una sensación que no llegaba, dominada enteramente por el juego, cuyas ansias al menos le encendían la sangre. Después, habiéndola sentido curiosa, sin repugnancia, resignada á la náusea, si creía encontrar en ésta un estremecimiento, la había depravado, obteniendo de ella todas las caricias. Ella hablaba de Bolsa y le sacaba informes; y como, por la ayuda indudable del azar, ganaba desde que se había relacionado con él, trataba en cierto modo á Saccard como si fuera un fetiche, el objeto recogido en la calle, que se guarda y se besa,

aun siendo sucio, por la suerte que os trae.

Clarisa había encendido tan gran fuego aquel día, que no se fueron á la cama; por un refinamiento se quedaron junto á las llamas en la *chaise longue*. En la calle iba á oscurecer. Pero las maderas estaban cerradas, las cortinas cuidadosamente corridas, y dos grandes lámparas, con bombas deslustradas, sin pantalla, los iluminaban con una luz cruda.

Apenas había entrado Saccard, cuando Delcambre, á su vez, bajó del carruaje. El procurador general Delcambre, ligado personalmente con el Emperador, á punto de ser ministro, era un hombre delgado y amarillo, de cincuenta años, de alta estatura solemne, de rostro afeitado, surcado por profundos pliegues, de una austera severidad. Su nariz dura, de pico de águila, parecía sin desfallecimiento y sin perdón. Y cuando subió la escalera con su paso ordinario, mesurado y grave, tenía toda su dignidad, su aspecto frío de los grandes días de audiencia. Nadie lo conocía en la casa, á donde apenas iba más que ya caída la noche.

Clarisa lo esperaba en la estrecha antecámara.

—Si el señor quiere seguirme, recomiendo al señor que no haga ruido.

Él vacilaba: ¿por qué no entrar por la puerta que daba paso directamente á la alcoba? Pero, en voz muy baja, explicóle ella que seguramente estaría echado el cerrojo, que habría que romperlo todo, y que la señora, advertida, tendría

tiempo de ponerse en orden. ¡No! Lo que ella quería era llevarlo á sorprenderla tal como ella la había visto un día, mirando por el ojo de la cerradura. Para esto había imaginado una cosa bien sencilla. Su alcoba comunicaba con el tocador por una puerta cerrada ahora con llave; y como ésta había sido echada al fondo de un cajón, Clarisa no había tenido más que cogerla y abrir; de modo que, gracias á aquella puerta condenada, olvidada, se podía entrar sin ruido en el tocador, separado de la alcoba sólo por una cortina. Seguramente, la señora no esperaba á nadie por este lado.

—Confíe en mí el señor. ¿No tengo yo interés en el buen resultado?

Deslizóse por la puerta entreabierta y desapareció un instante, dejando á Delcambre solo en su estrecha alcoba de criada, con la cama deshecha y el cubo del agua sucia, y de donde había sacado su baul por la mañana para escapar así que diese el golpe. Volvió á poco, y cerró dulcemente tras sí la puerta.

—Es preciso que el señor espere un instante. Aún no es la ocasión. Están hablando.

Delcambre se mantenía digno, sin decir una palabra, en pie é inmóvil, bajo las miradas vagamente burlonas de aquella muchacha. Cansábase, sin embargo; se contraía la mitad izquierda de su cara con un estremecimiento nervioso, en la rabia contenida que subía á su cráneo á oleadas. El macho furioso, de apetitos de ogro, que

había escondido en él detrás de la glacial severidad de su máscara profesional, comenzaba a gruñir sordamente, irritado por el olor de aquella carne que le robaban.

—Despachemos pronto, despachemos pronto —repetía sin saber lo que decía, temblándole las manos.

Clarisa, que había desaparecido de nuevo, volvió con un dedo en los labios, rogándole que tuviera paciencia.

—Sed razonable, señor; si no perderéis lo más hermoso..... Dentro de un momento la cosa estará en su lleno.

Y Delcambre, con las piernas destrozadas bruscamente, tuvo necesidad de sentarse en la pequeña cama de la criada. Caía la noche, y permaneció así en la sombra, mientras que la doncella, escuchando, no perdía ninguno de los ligeros ruidos que venían del tocador, y que él oía decuplicados por el zumbir de sus oídos, de tal modo que le parecían el pataleo de un ejército en marcha.

Al fin sintió la mano de Clarisa palpando á lo largo de su brazo. Comprendió, y le entregó, sin una palabra, un sobre donde había metido los doscientos francos ofrecidos. Y ella avanzó la primera, separó la cortina del gabinete y le empujó á la alcoba, diciendo:

—¡Ahí están! ¡Miradlos!

Delante del gran fuego de ardientes brasas, Saccard estaba tendido de espaldas en el borde

de la *chaise-longue*, no habiendo conservado más que la camisa, que, arrollada y subida hasta los sobacos, descubría, de los pies á los hombros, su piel morena invadida con la edad por un pelo de bestia; mientras que la baronesa, del todo desnuda, sin camisa siquiera, enteramente rosada por las llamas que la cocían, estaba arrodillada, medio revolcándose sobre él, con la boca pegada á su carne; y las dos grandes lámparas los iluminaban con una claridad tan viva, que los menores detalles del monstruoso ayuntamiento acusábanse con un poderoso relieve.

Con la boca abierta, sofocado por aquel flagrante delito anormal, Delcambre se había parado, mientras que los otros dos, como heridos por un rayo, atontados de ver entrar aquel hombre por el gabinete, no se movían, con los ojos desmesuradamente abiertos y extraviados; él siempre tendido, ella con la cabeza simplemente levantada y los labios temblorosos.

—¡Ah, cochinos! —balbuceó al fin el procurador general. —¡Cochinos! ¡Cochinos!

No encontraba otra palabra, y la repetía sin fin, acentuándola con el mismo gesto nervioso, para darle más fuerza. Entonces la mujer se levantó de un salto, enloquecida por su desnudez, girando sobre sí misma, buscando sus vestidos que había dejado en el tocador, á donde no podía ir á cogerlos por estar la puerta obstruída; y encontrando una enagua que había quedado allí, se cubrió con ella los hombros, cogiendo las cintas

con los dientes á fin de apretarla más alrededor de su cuello contra su pecho. El hombre, que también había dejado la *chaise-longue*, se bajó la camisa con aire de gran contrariedad.

—¡Cochinos!—seguió diciendo Delcambre.—
¡Cochinos! ¡Y en este cuarto que pago yo!

Y enseñando el puño á Saccard, arrebatándose más y más á la idea de que aquellas suciedades se hacían sobre un mueble comprado con su dinero, deliraba.

—¡Estáis en mi casa, cochino, y esa mujer es mía! ¡Sois un cochino y un ladrón!

Saccard, que no se irritaba, habría querido calmarlo, muy cohibido por encontrarse de aquel modo en camisa, y muy contrariado con la aventura. Pero aquella palabra de ladrón le llegó á lo vivo.

—¡Caramba, caballero—respondió—cuando se quiere tener una mujer para sí solo, se comienza por darle aquello de que tiene necesidad!

Esta alusión á su avaricia acabó de irritar á Delcambre. Estaba desconocido, espantoso, como si el cabrón humano, todo el priapo oculto le brotase de la piel. Aquel rostro tan digno y tan frío, había enrojecido bruscamente y se hinchara, se ponía tumefacto, avanzaba como un furioso mascarón. La ira soltaba la bestia carnal en el horrible dolor de aquel fango removido.

—¡Necesidad, necesidad!—balbuceaba—necesidad de lodo... ¡Ah, perdida!

Y se volvió hacia la baronesa con un gesto

tan violento, que ella tuvo miedo. Se había quedado en pie, inmóvil, no pudiendo conseguir taparse el pecho con la enagua, sino dejando descubiertos el vientre y los muslos. Entonces, comprendiendo que aquella desnudez culpable, mostrada así, lo exasperaba más, retrocedió hasta una silla y se sentó apretando las piernas y subiendo las rodillas de manera á ocultar todo lo que podía. Y se quedó allí, sin un gesto, sin una palabra, la cabeza un poco baja, mirando de reojo la batalla, como hembra que se disputan los machos y que aguarda para ser del vencedor.

Saccard se había puesto valerosamente delante de ella.

—¡Supongo que no iréis á pegarle!

Los dos hombres se encontraron frente á frente.

—En fin, caballero—añadió—es preciso acabar. No podemos disputar como cocheros.... Es cierto, soy el amante de esta señora. Y os repito que si vos habéis pagado los muebles que hay aquí, yo he pagado....

—¿Qué?

—Muchas cosas: por ejemplo, el otro día, los diez mil francos de su antigua cuenta en casa de Mazaud, que os habíais negado en absoluto á pagar.... Tengo tantos derechos como vos. Cochino.... ¡es posible! Pero ladrón.... ¡ah, eso no! Vais á retirar la palabra.

Delcambre, fuera de sí, gritó:

—¡Sois un ladrón, y os voy á romper la cara si no os vais al instante!

Pero Saccard se irritaba á su vez; y mientras se ponía el pantalón contestó:

—¡Ea, ya me vais cargando! Me iré si quiero.... ¡No seréis vos quien me asuste, so mandría!

Y así que se hubo puesto sus botinas, pateó con resolución en la alfombra, diciendo:

—¡Ahora, me quedo!

Ahogándose de rabia se adelantó Delcambre, avanzando su cara descompuesta.

—¡Cochino! ¿Quieres irte?

—¡No antes que tú, viejo asqueroso!

—¿Y si te pongo la mano en la cara?

—¡Te pondré el pie en cierta parte!

Nariz con nariz y enseñando los dientes, aullaban. Olvidados de sí mismos, en aquella pérdida de su educación, en aquella oleada de fango en que se disputaban su hembra, el magistrado y el financiero acabaron en una pelea de carreteros borrachos, de palabras abominables, que se arrojaban con un ansia creciente de basura, como salivajos. Sus voces se ahogaban en sus gargantas, sus bocas babeaban lodo.

La baronesa seguía en su silla aguardando á que el uno de ellos hubiera echado al otro fuera. Y, tranquila ya, arreglando el porvenir, no sentía ya contrariedad más que por la presencia de la doncella, á quien adivinaba detrás de la cortina del tocador, y que se había quedado allí

para hacerse un poco de buena sangre. En efecto, habiendo alargado la cabeza aquella muchacha con una sonrisilla de satisfacción al oír á aquellos señores decirse cosas tan repugnantes, viéronse las dos mujeres, el ama acurrucada y desnuda, la criada erguida y correcta con su cuellecillo liso; y ambas cambiaron una mirada flameante, la rabia secular de las rivales, en esa igualdad de las duquesas y las vaqueras cuando están en cueros.

También Saccard había visto á Clarisa. Acababa de vestirse violentamente, poníase el chaleco y volvía á lanzar una injuria al rostro de Delcambre; pasaba la manga izquierda de su levita y lanzaba otra, pasaba la manga derecha y encontraba otras y otras más, á cubos llenos, á puñados. De pronto exclamó para terminar:

—¡Venid acá, Clarisa!... Abrid las puertas, abrid las ventanas, para que toda la casa y toda la calle se enteren... El señor procurador general quiere que se sepa que está aquí, y yo voy á darlo á conocer.

Delcambre retrocedió palideciendo, al verlo dirigirse á una de las ventanas, como si quisiera recorrer las cortinas. Aquel terrible hombre era muy capaz de ejecutar su amenaza, él que se burlaba del escándalo.

—¡Ah, canalla, canalla!—murmuró el magistrado.—Hacéis buena pareja, vos y esa mujerzuela. Os la dejo.

—¡Eso, largaos! No se os necesita.... Al mé-

nos serán pagadas sus facturas, y no llorará más miserias..... ¡Tomad! ¿Queréis con qué pagar el ómnibus?

A aquel insulto, Delcambre se detuvo un instante en el dintel del tocador. Había recobrado su alta talla delgada y su faz descolorida surcada de pliegues rígidos. Extendió el brazo é hizo un juramento.

—Yo os juro que me pagaréis todo esto..... ¡Oh, ya os volveré á encontrar, llevad cuidado!

Y desapareció. Detrás de él oyóse la huída de una falda: era la doncella que, por temor á una explicación, se escapaba, muy contenta á la idea de la broma que les había jugado.

Saccard, nervioso todavía, pateando, fué á cerrar las puertas, y volvió á la alcoba, donde había quedado la baronesa clavada en su silla. Dió unos cuantos paseos, echó á la chimenea un tizón que se salía, y reparando entonces en ella, viéndola de aquel modo tan singular y tan poco cubierta, con la enagua por los hombros, mostróse muy cariñoso.

—Vamos, vestíos, querida mía..... Y no os emocionéis. Todo esto no significa nada, nada absolutamente..... Volveremos á vernos aquí pasado mañana para arreglarnos, ¿verdad? Ahora es preciso que yo me vaya, tengo una cita con Huret.

Y, cuando ella se ponía al fin la camisa, salió, y desde el recibimiento le dijo:

—Sobre todo, si compráis fondos italianos,

nada de tonterías. No los toméis sino con prima.

Mientras sucedía esto, á la misma hora, Carolina, con la cabeza inclinada sobre la mesa de trabajo, sollozaba. La brutal noticia del cochero, aquella traición de Saccard que ya no podía desconocer en adelante, agitaba en ella todas las sospechas, todos los temores que había querido desvanecer. Estaba obligada á la tranquilidad y á la esperanza, en lo que se refería á los negocios del Universal, cómplice, por la ceguedad de su ternura, de lo que no se le decía, de lo que no trataba de saber. Reprochábase ahora con un violento remordimiento la carta tranquilizadora que había escrito á su hermano con ocasión de la última junta general, porque sabía, desde que sus celos le abrían de nuevo ojos y oídos, que las irregularidades continuaban y se agravaban sin cesar: la cuenta de Sabatani había crecido, y la sociedad jugaba cada vez más bajo el nombre de este testafarro, sin hablar de los reclamos enormes y mentirosos, de los cimientos de arena y de barro que se ponía al cólosal edificio, cuya subida tan pronta como milagrosa le daba más terror que alegría. Lo que la angustiaba sobre todo, era aquella marcha terrible, aquel galope continuo con que llevaban el Universal, semejante á una máquina atestada de carbón y lanzada sobre diabólicos raíls, hasta que todo estallara y saltara en un choque supremo. No era una cándida, una tonta á quien pudieran engañar: aun ignorante de la técnica de las opera-

ciones de banca, comprendía perfectamente las razones de aquel trasiago, de aquella fiebre destinada á embriagar á la multitud, á arrastrarla en aquella epidémica locura de la danza de los millones. Cada mañana debía traer su crisis; había que hacer creer siempre en más éxitos, en rejillas monumentales, rejillas encantadas que absorbían ríos para devolver ríos, océanos de oro. Su pobre hermano, tan crédulo, seducido, arrastrado, ¿iba á verse traicionado por ella, abandonado á aquella ola que amenazaba anegarlos á todos un día? Desesperábase de su inacción y de su impotencia.

Entretanto, el crepúsculo llenaba de sombras la sala de los planos, que ni aun iluminaba con un reflejo la chimenea apagada; y en aquellas tinieblas crecientes, Carolina lloraba con más fuerza. Era una cobardía llorar de aquel modo, porque comprendía bien que tantas lágrimas no nacían de su inquietud por los negocios del Universal. Ciertamente, era Saccard solo quien excitaba el terrible galope y fustigaba á la bestia con una ferocidad, una inconsciencia moral, á riesgo de matarla. El era el único culpable, y ella se estremecía al tratar de leer en él, en aquella obscura alma de hombre de dinero que se desconocía á sí mismo, en la que una sombra ocultaba a otra sombra, el infinito fangoso de todas las ruinas. Lo que ella no distinguía allí todavía claramente, lo sospechaba y le hacía temblar. Pero el lento descubrimiento de tantas

llagas, el temor de una catástrofe posible, no la habrían echado así sobre aquella mesa, llorando y sin fuerzas; por el contrario, le habrían hecho erguirse con el ansia de lucha y de remedio. Se conocía, era una guerrera. ¡No! Si sollozaba tan fuerte como una débil niña, era porque amaba á Saccard, y porque Saccard, á aquella misma hora, se encontraba con otra mujer. Y esta confesión que se veía obligada á hacerse, la llenaba de vergüenza y redoblaba su llanto hasta el punto de ahogarla.

—¡Haber perdido la dignidad, Dios mío!— balbuceaba en alta voz.—¡Ser frágil y miserable hasta este punto! ¡No poder cuando se quiere!

En aquel momento sintió el asombro de oír una voz en la habitación oscura. Era Máximo que, como íntimo de la casa, acababa de entrar.

—¡Cómo! ¡Estáis sin luz, y lloráis!

Confusa por haber sido sorprendida así, esforzóse por dominar sus sollozos, mientras que él añadió:

—Dispensadme; creí que mi padre habría vuelto de la Bolsa..... Una señora me ha rogado que se lo llevase á comer.

Entró el criado con una lámpara, y se retiró después de colocarla sobre la mesa. Toda la vasta pieza estaba iluminada con la serena luz que caía de la pantalla.

—Esto no es nada—dijo Carolina—una aprensión de mujer, y eso que soy tan poco nerviosa.